

ITINERARIO VIRREINAL

Concepción García Sáiz¹

Museo de América

Madrid

Concepción García Sáiz es

Conservadora Jefe del Departamento América Colonial del Museo de América. Es autora de ciento treinta publicaciones relacionadas con el arte virreinal y el arte español dedicado a la imagen de América. Además ha sido comisaria de exposiciones de arte virreinal y arte español realizadas en España, Europa y América, así como directora de cursos destinados a la formación de profesionales iberoamericanos, en el campo de la catalogación de obras de arte. Participante en numerosos congresos, simposios y seminarios, asesora proyectos de exposición y nuevos discursos museológicos en diferentes instituciones americanas. Miembro honorario de la Hispanic Society of America de Nueva York.

Resumen: A través de la narración de un viaje imaginario, realizado por un joven procedente de Potosí y un fraile que regresa a España desde los virreinos americanos tras una larga estancia en América, se describen las diferentes formas de envío de objetos elaborados en Ultramar a la Península, a lo largo de tres siglos. Una vez en España, estos dos personajes visitan varias localidades en las que todavía existen estas obras y con sus comentarios durante el trayecto señalan el camino a otros hipotéticos viajeros. La bibliografía que se cita actúa como guía de localización de la mayor parte de estos materiales.

Palabras clave: Arte virreinal en España, donaciones, viaje.

Abstract: The book describes an imaginary trip made by a young person coming from Potosí and a friar who returns to Spain from America after a long stay there. At the same time, the work analyses the different procedures from shipment of objects designed in the new continent that, throughout three centuries, have arrived at the Iberian Peninsula. Already in Spain, both men visit several cities in which is possible to identify these objects, and with its commentaries, they are able to recreate the way to others travellers. In this sense, the recommended bibliography is very useful for the identification of an important part of these materials.

Key words: Colonial art, gifts, travel literature.

A Mercedes

Prolegómenos

El 7 de junio de 1773 llegaba a Cádiz la flota de Indias que, procedente de La Habana, había partido meses antes. La travesía no había sido fácil, sobre todo cuando los barcos se acercaron a las costas de la península de La Florida, contra las que se habían estrellado tantos galeones a lo largo de los años, pereciendo sus pasajeros y perdiéndose para siempre un cargamento esperado con ansiedad en la metrópoli (figura 1). Ya en medio del océano, superadas las amenazas de los ciclones, persistía el temor unas veces a los franceses y otras a los ingleses, que navegaban por el Atlántico como si fuera cosa propia durante años de enfrentamiento con la corona española, comerciando con las colonias legal e ilegalmente, según soplaban los vientos de una política de pactos y de encuentros y desencuentros familiares entre los Borbones.

En uno de estos barcos hacía su viaje iniciático un joven criollo nacido en Potosí, el centro minero más importante del mundo y la mayor fuente de ingresos del imperio español durante mucho tiempo. Este muchacho, Antonio de Aldecoa, de apenas dieciséis

¹ Correo electrónico: concepcion.garcia@mcu.es



1. Conjunto de piezas procedentes del hundimiento del barco Nuestra Señora de Atocha en 1622, Museo de América (Foto: Museo de América).

años, era enviado a España por sus padres, con la intención de que reforzase y renovase los vínculos familiares con aquella parte de los parientes que continuaban viviendo en el solar originario, y, de paso, abriera sus ojos a todo lo que pasaba en España pensando, incluso, en la posibilidad de quedarse a vivir en ella durante unos años. Por lo tanto, la parte más atractiva de su periplo -al menos la que más le motivaba- sólo tendría fin cuando llegara a Navarra, en las tierras altas de la Península, de donde eran oriundos los Aldecoa. De allí salieron los primeros que tomaron la decisión de «hacer las Indias» doscientos cincuenta años antes, cuando la fortuna familiar apenas llegaba para sostener el mayorazgo. Sus padres le contaban a menudo la historia de estos intrépidos antepasados, y esta semblanza más parecía un compendio enciclopédico, por la inagotable suma de biografías vividas con una intensidad extraordinaria. Uno de ellos había participado en la conquista de la Nueva España (figura 2) y allí se había instalado de forma definitiva iniciando así la rama novohispana, en

la que figuraban clérigos, capitanes, hacendados, funcionarios y algún que otro ajusticiado por la Inquisición sobre el que nadie sabía mucho y el recuerdo familiar pasaba como de puntillas. Otro había recorrido el Orinoco en alguna de las expediciones que buscaban fama y fortuna y allí acabaron sus días pues murió, comido por la fiebre, el hambre y los caimanes; en la tradición doméstica se le tenía por una especie de Aguirre «el loco». Varios más se habían dispersado por el extenso virreinato del Perú y todavía se podía localizar a muchos de sus descendientes ejerciendo los oficios más diversos y residiendo incluso en las zonas más recónditas, allá en el Chaco donde los hijos de San Ignacio enseñaron a los guaraníes a tañer los instrumentos que ellos mismos construyeron como expertos violeros. Pero la mayoría se habían dedicado a la práctica del comercio a gran escala y gracias a ello enriquecieron sus arcas hasta lo indecible, entrando a formar parte de las elites locales que ya ostentaban numerosos cargos en la administración virreinal, especialmente en



2. Miguel y Juan González: *Conquista de México* (detalle), 1698, Museo de América (Foto: Museo de América).

los cabildos, y que para estas fechas de fines del siglo XVIII, conspiraban contra un gobierno de gachupines y chapetones que andaban en coplillas: «Donde se ha visto en el mundo lo que aquí estamos mirando/ los hijos propios gimiendo y los extraños mamando».

El abuelo de nuestro Antonio fue uno de los más señalados dueños de minas de plata en el cerro potosino y de los restos de su inmensa fortuna, ya algo mermada, seguía viviendo su extensa familia. Él fue uno de los que acompañó al arzobispo Morcillo, recién nombrado virrey interino del Perú por Felipe V cuando hizo su entrada triunfal en la ciudad de Potosí (figuras 3 y 4), camino de Lima, para tomar posesión de su cargo. Transcurridos más de cincuenta años desde el acontecimiento, todavía era tema de conversación en las reuniones a las que concurría una buena parte de los parientes; en ellas todo el mundo recordaba el lujo con que se engalanó la ciudad, los festejos que se organizaron, sin que faltasen las luminarias ni los toros, y el contento de Su Ilustrísima cuando partió hacia la Ciudad de los Reyes, convencido del apoyo que daría a estos fidelísimos mineros que llevaban años viendo como disminuían sus beneficios. Llegados a este punto de la evocación, todos los presentes se lamentaban con gran pesar de la mala fortuna que hizo que al arribar el arzobispo a Lima lo hubiera hecho ya el nuevo virrey, llegado desde la metrópoli por mar, con lo que al arzobispo no le quedó otra que volver grupas y regresar a su diócesis, pasando quedamente por donde antes había sido recibido con tanto trompeterío.

Al preparar el viaje de su hijo, Don Ignacio de Aldecoa, conocedor de las mil adversidades a las que arriesgaba

a su inexperto retoño, le entregó cuantiosas cartas dirigidas a esos innumerables parientes y amigos de la familia que, en caso de necesidad, le podrían recibir en las diferentes estadias de su largo itinerario americano, pues hasta llegar a La Habana y emprender el último tramo del viaje debería pasar por varias poblaciones que le eran totalmente desconocidas. Lo que no pudo imaginar el precavido padre fue que estos indios le encargarían a su vez nuevas visitas a sus deudos en España, aumentando su equipaje con valiosos presentes que sin duda -eso le repetían una y otra vez-, le abrirían las puertas de casas ilustres una vez que llegase a su destino, y muy especialmente en la corte, a la que muchos se referían con admiración no exenta de recelo. Lo cierto es que el joven acabó pensando que no podría cumplir con tantos encargos aunque dedicara a ello el resto de su vida. Pero su educación criolla le obligaba a aceptar con buena cara misivas y mandados de sus iguales aunque no pudiera cumplir con ellos.

Así pues, cuando llegó el anhelado y difícil momento de la despedida familiar, el joven heredero dijo adiós a todos el día 22 de octubre del año del señor de 1772 y se encaminó hacia el puerto de El Callao. Aún se demoraría unos días en Lima, despidiéndose de parientes y amigos y, sobre todo, de la poderosa familia de los Querejazu y Mollinedo a quienes sus padres le habían encarecido mucho que presentara sus respetos. Don Antonio Hermenegildo de Querejazu y Mollinedo era oidor perpetuo de la Audiencia de Lima y se le tenía nada menos que por el hombre más poderoso del virreinato, y sus hijos, todos ellos situados en puestos relevantes relacionados con el clero, la milicia o la administración, contribuyeron a engrandecer la prosapia y las arcas familiares, incluso desde la corte donde se instaló uno de ellos, Agustín, que en opinión de su padre «consiguí para mi y toda mi casa los honores y favores del soberano». En realidad las intenciones de los progenitores del Ulises potosino estaban claras, y éstas eran las de emparentar con lo más granado de la nobleza limeña a través del matrimonio. Para ello hacía tiempo que habían puesto sus ojos sobre una jovencita de apenas



3. Melchor Pérez de Holguín: *Entrada del virrey-arzobispo Morcillo en Potosí, 1716*, Museo de América (Foto: Museo de América).

doce años, María de las Mercedes, nieta del ilustre Querejazu, quien, al decir de todos, haría muy buena pareja con nuestro Antonio, y seguramente, con el paso de los años, llegaría a alcanzar la influencia de su tía Mariana, de quien se decía «En Lima hay tres poderes: el Virrey, el Arzobispo, y doña Mariana Querejazu». Como no podía ser de otra manera, el buen Antonio pasó una parte de su estancia limeña buscando el amparo de Santa Rosa para ese futuro incierto en el que se estaba aventurando. Pronto le avisarían de la llegada de la flota a El Callao y ya sólo faltaría para ponerse en marcha la arribada de la plata potosina, trasladada primero hasta el puerto de Arica, a lo largo de más de quince pesadas jornadas, a lomos de llamas y mulas, y desde allí, ahora por mar, al principal puerto del virreinato. Antes de salir de su ciudad Antonio había sido testigo en numerosas ocasiones de la partida de ese preciado cargamento, que tan esperado era en la metrópoli y del que tantos querrían una buena porción a lo largo del camino, y en él había ocasiones en que participaban hasta dos mil llamas que hacían el trayecto al cuidado de mil indios.

Una vez embarcados pasajeros y mercancías, el muchacho se agitaba con el relato de los marineros que le señalaban la línea del horizonte por donde siempre temían que se dibujasen las siluetas de los barcos piratas, que acechaban durante meses la salida de estos acaudalados transportes. Con estas emociones y otras muchas producidas por el contacto con un mundo -reducido, bullicioso e impregnado de olores casi siempre nauseabundos- con el que jamás había



4. Melchor Pérez de Holguín: *Entrada del virrey-arzobispo Morcillo en Potosí (detalle)*, 1716, Museo de América (Foto: Museo de América).

soñado, al menos conseguía detener el tedio que a veces le atenazaba.

El viaje

Afortunadamente, en el último tramo de la larga travesía que le conducía a su destino final, el joven potosino compartió muchas horas con un fraile dominico que regresaba a su tierra tras muchos años de residir en América, donde había recorrido numerosos conventos de su orden en los que había desempeñado la función de maestro de novicios. Él se incorporó al viaje en Portobelo, un lugar hediondo donde tardaron días en cargar las barras de plata ante la indiferencia general. El fraile, enternecido por la candidez del muchacho le hacía numerosas recomendaciones para aliviar su temor



5. Lingote de plata procedente del Nuestra Señora de Atocha, 1622, Museo de América (Foto: Museo de América).

a las dificultades que encontraría a su llegada a la Península. Lo primero que le hizo entender fray Servando de la Asunción de María fue que debía cuidarse de las adulaciones con que le intentarían envolver quienes identificaban su condición de indiano con la de rico. El solo nombre de su patria chica, Potosí, era una invitación a la codicia. No en vano, cada vez que hacía su entrada oficial en Lima un nuevo virrey, se corría como la pólvora la noticia de los lingotes de plata empleados en empedrar el camino de Su Excelencia. Quinientos cincuenta se habían utilizado en 1667 para recibir al señor conde de Lemos (figura 5).

Para librarse de estos indeseables tal vez debería moderar algo la vistosidad de su vestimenta y, sobre todo, el brillo de sus joyas, que atraían a aquellos individuos -e individuos- como la miel a las moscas. «Sólo a la vista de ese anillo que lleváis en el corazón se os rendirán más corazones en una tarde que estrellas brillan en el firmamento» le repetía cansino el dominico. Pero tanta charla y tanta conseja fatigaban a veces a Antonio que, al fin y al cabo, se había criado en una de esas casas que, recordaba el cronista, se adornaban «de colgaduras de sedas y otras variedades de tapicería preciosa, excelentes láminas de Roma, ricos escritorios de plata, ébano, marfil y carey; hermosos espejos; vajilla abundante, y bruñida y cincelada de plata; sillas bordadas de seda y oro con costosa clavazón; aparadores y escaparates dorados con preciosísimas alhajas de oro, plata; curiosos barros de la China, de Chile; cujas de granadillo, bronce, ébano y otras preciosas maderas doradas, con ropajes de brocados,

telas de oro y plata, y sobrecamas cairinas y de la China». Pero el mucho tiempo pasado juntos hizo que la relación entre ambos personajes tomara el camino de la amistad y, aunque les separaban muchos años e incontables vivencias, cada quien ajustó el reloj de su vida al compás del compañero y era casi imposible cruzarse con uno por la cubierta del barco, sin que la sombra del otro se fundiera con la suya.

Cuando se aproximaban al puerto de La Habana la atención de todos se concentró en el magnífico espectáculo que ofrecían sus imponentes fortificaciones, que anunciaban la necesidad de proteger el inmenso tesoro que se concentraba en esta ciudad, cuando se reunían en ella todos los barcos que habían ido juntando los productos y los pasajeros incorporados en los diferentes puntos de las rutas establecidas para las flotas. Allí Antonio se extasió con la luz del Caribe y con el desenfado de sus gentes, allí se cruzó con españoles e indios de todas las procedencias que se dirigían a la metrópoli o que ya regresaban de ella con múltiples encomiendas, pero también con muchos extranjeros que habían conseguido el permiso real para pasar a Indias y que esperaban el momento adecuado para trasladarse a sus destinos definitivos. Y allí tuvo que frenar fray Servando sus ímpetus juveniles, que le conducían por caminos de difícil retorno.

De nuevo en alta mar, inesperadamente, Antonio encontró un tema de conversación que ya prácticamente se convirtió en una obsesión a lo largo de lo que restaba de viaje. Había empezado con una sencilla pregunta que después se multiplicó en tantas que apenas dejaban tiempo para otras disgresiones. Todo comenzó a partir de un «¿qué recuerdo hay de nosotros en España? Mi padre y mis tíos siempre nos hablan de las tierras y de los parientes que quedaron allí y reciben con alborozo cualquier noticia que llega de un lugar del que ya nadie recuerda nada, aunque continuamente ensalzan el verdor de sus montañas, tan distintas de las áridas tierras que rodean el cerro de Potosí». Don Servando no sabía muy bien como colmar esta curiosidad pues también hacía muchos

años que él faltaba de la metrópoli. Tanta pregunta llegaba a quitarle el sueño -cuando no se lo hurtaba una mar en continuo movimiento que hacía crujir todas las maderas de la embarcación como si fuesen a saltar por los aires en mitad de la noche- hasta que empezó a madurar un plan que finalmente acabó comentando al joven, quien rápidamente se sintió atrapado por él.

Fray Servando, conocedor de las intenciones del padre de Antonio a la hora de preparar el viaje por lo que el joven le había contado, había llegado a la conclusión de que la mejor manera de que éste comprobase *de visu* propio la huella de los indianos en la Península era, en la medida de lo posible, seguir su rastro en España. Había pues que diseñar un plan que permitiese al menos tener una idea somera de las dimensiones de la empresa que planeaban. Y a su preparación se dedicaron en cuerpo y alma durante los casi cinco meses que duró la travesía desde La Habana hasta Cádiz. Puestos de mancomún acuerdo, nuestros dos personajes se empeñaron en dar conversación a todos aquellos compañeros de viaje que podían ofrecerles alguna pesquisa, y de la mayor parte de ellos consiguieron noticias inesperadas por lo precisas y lo abundantes; no en vano entre ellos se encontraban varios factores responsables de muchos envíos a uno y otro lado del Atlántico. Cuando en la noche cotejaban sus datos pasaban del alborozo al abatimiento una y mil veces. Era extraordinario el volumen de información que estaban consiguiendo reunir, pero necesitarían años, muchos años, para hacer un seguimiento de todo. Nuevamente se impuso la serenidad y la reflexión del dominico. Según habían podido comprobar por los relatos que llevaban escuchados, los españoles establecidos en los virreinos por una o varias generaciones achacaban su buena fortuna -en el caso de que ésta se hubiese producido, naturalmente- al favor divino y, como una muestra de reconocimiento y gratitud, acostumbraban mandar a su patria chica buenas cantidades de plata que debían ser empleadas en sufragar los gastos de construcción, arreglo o adorno de iglesias y conventos con los que se encontraban en



6. Atribuido a Sánchez Coello: *Vista de Sevilla* (detalle). Museo de América (Foto: Museo de América).

estrecha relación, amén de otras mandas piadosas entre las que destacaban la fundación de capellanías. Pero -y esto era algo que habían escuchado en repetidas ocasiones aunque nunca le prestaron la atención que ahora- muchos indianos enviaban a estos lugares objetos realizados en lo que ya eran sus nuevas patrias y que para sus hijos ya era la gran patria americana. Y para ello, a la manera de hilo de Ariadna, se servirían de aquellos objetos que, realizados en los numerosos talleres y obradores que laboraban en los virreinos, pudiesen localizar en la metrópoli. Ellos hablarían de la pericia de los maestros y oficiales americanos y de la generosidad de una clientela que se expresaba a través de opulentas donaciones y espléndidos regalos.

Una vez más las preguntas salían a borbotones: ¿llegaban realmente esas obras a su destino?, ¿se mantenían vinculadas a la memoria de sus donantes?, ¿sería posible verlas, incluso tocarlas, y constatar su procedencia? Ahora se trataba de que sus informantes en alta mar concretasen sus historias e incluyeran pormenores: nombres, lugares, etc. Lo que parecía imposible empezó a tomar cuerpo y a los datos específicos relacionados con parientes y amigos de sus informantes se sumaron importantes consejos. El primero de ellos el de dirigirse a la Casa de la Contratación, ahora en Cádiz, pero durante dos siglos en Sevilla, y recabar allí información puntual sobre el destino de estos envíos,

que se registraban con minuciosidad a la llegada de las flotas y otros tipos de navíos que con el paso del tiempo se habían ido incorporando a la Carrera de Indias (figura 6). Ya no veían el momento de hacer su entrada en la bahía gaditana, ya no les interesaba otra cosa que iniciar este peregrinaje que todavía no habían decidido dónde debía comenzar, a causa de las numerosas oportunidades que se les ofrecían. Sin embargo, al pasar a la altura de las Islas Canarias se dieron cuenta de que dejaban atrás el verdadero principio de su camino, pues allí se encontraban numerosas muestras de esta relación. Así se lo había anunciado uno de los compañeros de viaje, un tal Baltasar Morón, quien les describió algunas de estas donaciones existentes en muchas poblaciones de las islas, en cuyas iglesias todavía podían contemplarse.

La llegada

A poco de desembarcar ya tuvieron ocasión de comprobar el futuro que les esperaba pues sus primeras pesquisas les condujeron a una población hermosísima, El Puerto de Santa María, en cuya iglesia mayor localizaron un magnífico frontal de altar realizado en plata. Su vinculación con América y con España era clara ya que fue encargado en 1685 al platero José de Medina de San Luis Potosí, en el reino de la Nueva España y enviado al mismo lugar donde ahora lo podían contemplar. El responsable de todo ello fue un indiano de calidad que, tras pasar varios años en el virreinato desempeñándose como caballero mayor del virrey Conde de Paredes y alcalde mayor de la ciudad y minas de San Luis Potosí regresó a España para convertirse en gobernador de esta población gaditana. Su nombre era Juan Camacho Gaina. Antonio pudo así conocer la existencia de otro emporio minero con el nombre de Potosí, aunque para él siempre estaba viva la máxima que afirmaba «Quien no ha visto Potosí no ha visto las Indias» como clamó fray Antonio de la Calancha. Tan grande era la producción de estas minas que hubo erudito empeñado en demostrar que con la plata extraída a lo largo de siglo

y medio se podía levantar un puente que uniera la ciudad de Potosí con Madrid.

Un compañero de orden del fraile, un dominico del convento sevillano les encaminó a un destino insospechado: la sierra de Huelva, en aquellas fechas integrada en la provincia de Extremadura. Y hacia allí orientaron sus pasos. Ya era de noche cuando llegaron a las puertas de la parroquia de San Miguel Arcángel en el pueblo de Cumbres Mayores, el punto exacto señalado por su informante para admirar el legado que el capitán Juan Gómez Márquez había enviado desde la novohispana Oaxaca de Antequera. A la mañana siguiente, ya bien descansados y tras almorzar a base del buen pernil de la tierra que les repuso las fuerzas perdidas a lomos de las mulas, buscaron al párroco quien, asombrado por el empeño de los viajeros, les mostró orgulloso los cuadros y parte de aquellos 126 kilos de plata labrada remitidos por el generoso hijo de la villa quien, no contento con este legado, también envió a su patria chica dinero constante y sonante con destino a la reparación de ermitas o a la construcción de retablos. Es más, preocupado el capitán por la educación de sus paisanos, dotó de su bolsillo y con carácter gratuito una cátedra de gramática y otra de primeras letras, sin olvidar la fundación de una capellanía. Todo ello entre los años 1710 y 1718.

El mismo párroco les contó con tristeza cómo, a causa de un desgraciado hurto llevado a cabo por unos desalmados en 1750, había desaparecido una parte del legado que, según los documentos que se custodiaban en la parroquia, se compuso de «un trono de madera forrado en plata para el Santísimo sacramento, una concha de plata grande para remate de dicho trono, una Custodia sobredorada, dos Ciriales con seis cañones cada uno, una Cruz de manga grande y seis cañones para el asta, un guión todo de plata con su Cruz y seis cañones, quarenta y ocho cañones de plata para las varas del palio, una cruz de guatulco engarzada de plata con su peana, una caldereta e hisopo (figura 7), dos blandones para el altar mayor, doze candeleros medianos para las gradillas del trono, un incensario con su naveta y cuchara, un Caliz y patena dorado, un plato

y dos vinajeras, seis candeleros llanos y dos Coronas: una grande para Nuestra Señora del rosario y otra pequeña para el Niño», a los que después se añadirían una lámpara para el Santísimo, una pisa para las formas sacramentales, un frontal, una concha para el baptisterio, un cáliz con su patena dorada, una media luna para la imagen de la Virgen ya mencionada y dos lámpara pequeñas que debían alumbrar su altar. En este segundo envío el espléndido capitán también había incluido ocho lienzos que debían ser colocados en las naves del templo, la sacristía y el baptisterio. El mismo párroco les enseñó la preciosa corona de filigrana con piedras moradas y verdes que se había conseguido rescatar de la ermita de la Concepción, que en 1755 había sufrido importantes desperfectos causados por el terremoto de Lisboa. Su presencia en Cumbres Mayores también se debía a la generosidad de Don Juan quien, como pudieron saber más tarde, no había sido el único benefactor de la localidad que tuvo en Don Diego García Bravo, otro piadoso mecenas. Este Don Diego, también hijo de la tierra, remitió desde México los caudales necesarios para la construcción del retablo de la Virgen de los Dolores en 1753, y en 1758 hizo llegar a la misma iglesia un magnífico conjunto formado por un cáliz y un conjunto de vinajeras, campanilla y plato.

Ante la incredulidad de nuestros viajeros el sacristán, que les acompañó a la salida del pueblo a la mañana siguiente cuando, tras oír misa rodeados por todos estos testigos mudos de la largueza indiana, emprendieron su marcha, les refirió como de pasada que había muchos otros lugares en la misma provincia donde podrían encontrar noticias parecidas y conocer de la existencia de muchos que nunca olvidaron sus orígenes. Según recordaba, todavía se guardaba memoria en el pueblo de Cortegana de Don Juan Vázquez de Terreros, quien había beneficiado a la parroquia del Salvador y a la capilla de la Soledad a lo largo de varios años -entre 1730 y 1737- con sus presentes, entre otros, en forma de una custodia, dos lámparas y dos blandones de plata, que también amplió posteriormente con el envío de tres cálices con



7. Acetre e hisopo. Parroquia de San Miguel Arcángel. Cumbres Mayores (Huelva) (Foto: AA. VV., 1994).

sus patenas, otros tres juegos compuestos por vinajeras, campanilla y bandeja, una custodia de mano, de plata dorada y esmaltada y cuarenta y ocho cañones con los que formar las varas del palio. Don Juan se había desempeñado como alcalde y regidor de la ciudad de Santiago de Querétaro, en el virreinato de la Nueva España, y allí entraron en religión sus hijas y él mismo, tras enviudar. Los nombres de poblaciones como Villarrasa, Moguer, Valverde del Camino, Ayamonte y muchas otras se sucedían en boca del sacristán como puntos donde debían dirigirse los curiosos viajeros, pues en ellas tenían asegurada la presencia de objetos de su interés.

Las discusiones entre Antonio y fray Servando empezaron a menudear; el joven pretendía rastrear todo, y el religioso deseaba abreviar consciente de que ni su edad ni su salud le permitirían tanta mula por malos caminos, tantas fondas de peor servicio ni tanta conversación con curas y sacristanes que atendían con



8. José de Alcívar: *Virgen de Guadalupe*, Museo de América (Foto: Museo de América).

verborrea sin límites las demandas del potosino. Había que elegir o el tiempo de que disponían lo gastarían antes de llegar a la corte. Se encaminaron por lo tanto al convento mercedario de la granadina Baza y dirigieron sus pasos a la sacristía donde les esperaba una nueva sorpresa en forma de custodia de plata sobredorada, adornada nada menos que con veintiséis esmeraldas, ocho amatistas y un granate, que había llegado allí por deseo expreso del obispo fray Andrés de las Navas en 1696 quien quería favorecer con ella a su ciudad natal y al convento donde tomó los hábitos, al que también enriqueció con un baldaquino de plata y seis cornucopias. El sacristán, tras mostrárselas les comentó que tenía noticia de que tan ilustre benefactor había manifestado su generosidad también con la parroquia de Santiago de la misma población a la que había donado otras.

«¿Pero cómo no se iban a detener en Sevilla?», clamaba el muchacho. Allí al menos tendrían ocasión de contemplar la magnífica donación que había realizado a la catedral el arzobispo virrey de la Nueva España Don Juan Antonio de Vizarrón hacía veinte años. Todos hablaban de lo impresionantes que eran los doce blasones de plata -que ya todo el mundo conocía como «los vizarrones»- y las dos copas con sus platos de oro y el recado de altar que completaba el presente. Pero, además, eran innumerables las direcciones de iglesias y conventos donde les conducirían sus informaciones. Entre tanto tira y afloja, como siempre sucedía entre ellos -como prueba de su buen carácter y del deseo de no perder al compañero en mitad del camino- llegaron a un acuerdo: ahora deberían seguir hacia el norte y cuando Antonio emprendiera el regreso pasaría una larga temporada en Andalucía, escudriñando la provincia donde sin duda se debía atesorar una buena parte de estos legados, de los que habían conseguido testimonios más que elocuentes.

Hacía un año que Antonio había salido de su casa cuando se produjo su entrada en la capital del Imperio. A primera vista la Villa y Corte no le causó una gran impresión y aunque en ella se cumpliera con tesón con todos los pecados capitales su ánimo no flaqueó ante las tentaciones. Al fin y al cabo el joven llegaba de una ciudad que se tenía por émula de Babilonia por la manera en que sus habitantes gastaban sus caudales en la bebida, el juego y los numerosos lupanares que se abrían a cada paso. Lo que atrajo más su atención fue descubrir cómo se habían establecido en la ciudad unas nuevas maneras de relación entre sus gentes. Por lo que pudo comprobar, gracias a aquellas cartas de presentación que le diera su padre y a las que luego añadieron amigos y deudos que le abrieron numerosas puertas, las mujeres habían abandonado el estrado, donde se reunían exclusivamente con otras mujeres, tal y como había visto hacer a su madre y sus visitas, y se desenvolvían con soltura en salones donde se escuchaba música, se conversaba de lo divino y lo humano y se cortejaba sin recato, mezclándose hombres y mujeres. Y fue precisamente

en una de estas reuniones donde conoció dos hechos que se apresuró a narrar a su padre en una de esas decenas de cartas que le escribía a cada momento; el primero de ellos se refería a esa figura que le era tan familiar desde su más tierna infancia, el arzobispo Morcillo. Uno de los contertulios, al conocer su procedencia, se declaró dueño de grandes posesiones en el entorno del albaceteño pueblo de Villarrobledo, de donde era natural el arzobispo que llegaría a virrey del Perú tras la primera intentona que no pasó de una interinidad sin consumar, y le informó de que hasta allí había enviado el prelado en 1708, cuando todavía era obispo de Nicaragua, una magnífica custodia. La otra se refería al protagonismo que había adquirido en la corte un tal Pedro Franco Dávila, natural de Guayaquil, al que el rey Carlos III había adquirido su Gabinete de Historia Natural -con numerosos objetos de origen americano- en 1771. Instalado en el número 19 de la calle de Alcalá, junto a la Puerta del Sol, tan sólo unos meses antes de la llegada de los dos viajeros, éstos ya se disponían a hacer todas las gestiones necesarias para su visita.

A pesar de que el asistir a estas reuniones le alejaba cada vez más de fray Servando, que se resistía a participar en ellas, Antonio se sintió atrapado por el ambiente que se respiraba en ellas, mientras el religioso se recogía para poner en limpio las notas que había ido acumulando durante el viaje; estas versaban sobre un asunto que, aunque conocido por él, había rebasado todas sus previsiones: la presencia de imágenes de la novohispana Virgen de Guadalupe en una gran cantidad de parroquias, conventos e incluso casas particulares. Mientras se inclinaba sobre el escritorio pluma en mano el fraile se prometió a sí mismo indagar las causas del arraigo de esta devoción en la Península (figura 8).

Por su parte, Antonio, que ya frisaba los dieciocho años estaba empezando a sentirse otro y en buena medida se debía a los nuevos conocimientos que iba adquiriendo. En otra de estas tertulias entabló conversación con un buen amigo de Don Sebastián de Eslava y Lasaga, nombrado en 1739 primer virrey del recién



9. Cáliz. Iglesia de San Martín, Lesaca
(Foto: Heredia Moreno *et alii*, 1992).

creado virreinato del Nuevo Reino de Granada. Natural de Enériz en el Reino de Navarra, regresó en 1750 a España y continuó con una carrera ascendente que le condujo al puesto de ministro cuatro años más tarde y desde allí, desde las entrañas de la corte, mandó numerosos caudales a su familia en Pamplona para la construcción de la casa familiar; sin duda esa inmensa fortuna, gastada en apuntalar el prestigio del linaje, sólo podría proceder de Ultramar. Desde finales del siglo XVII, destacados miembros de esta familia habían estado muy vinculados con América y los resultados de su buena fortuna en Indias dejaron profunda huella en su tierra natal. Las noticias que le transmitió hablaban de las joyas enviadas por su tío José Ambrosio Lasaga desde Lima junto a buenos dineros destinados a la capilla de la Virgen del Camino en Pamplona y de la presencia de otros de sus hermanos en Indias, el jesuita José Fermín en Quito y Rafael



10. José de Páez: *Retrato de D. Francisco Antonio de Larrea, gobernador de Oaxaca y sus hijos*, Museo de América (Foto: Museo de América).

como gobernador de Valdivia en Chile y presidente gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada entre 1730 y 1737. Estos datos y otros muchos que hablaban de presencia de Navarra en América incitaron a Antonio a adelantar su salida hacia estas tierras.

Y así se puso nuevamente en marcha, de súbito, como arrastrado por una fuerza incontrolable. Ya dentro de la provincia de Navarra el corazón de Antonio estaba a punto de estallar. Las noticias eran tan numerosas que de nuevo había que seleccionar, pero ahora era más difícil, cómo no detenerse en Lesaca, donde hacía menos de cuarenta años había ido a parar nada menos que la custodia de la catedral de Cuzco, que el cabildo -empeñado en renovar parte del ajuar catedralicio- había vendido a don Ignacio de Arriola y Mazola, maestre de campo de la ciudad. Este benefactor no se había contentado con mandar en 1749 tan magnífica pieza a alguna iglesia de su devoción, ya que había incluido en su donación la nada desdeñable

cantidad de diez mil pesos para pagar su adorno con diamantes, y, además, seis cajones de plata labrada. La intención final de Don Ignacio era la de fundar un convento de carmelitas descalzas, algo que finalmente se llevó a cabo en Lesaca, una población que a cada paso les ofrecía nuevas muestras de generosidad de indios nacidos en ella, como Don Juan de Barreneche y Aguirre que, en esta ocasión desde Santiago de los Caballeros en la Audiencia de Guatemala, había mandado a la parroquia de San Martín, y tan solo un año antes, en 1748, un conjunto formado por: dos cálices (figura 9), un copón, una naveta, una cruz procesional, un altar, una custodia, un relicario y un frontal. No contento con estas dádivas Barreneche incluyó en su donación veinte mil pesos con los que se debían pagar los retablos de la parroquia.

La generosidad de sus paisanos le llenó de orgullo y una vez más sus pensamientos empezaron a volar. Ahora, por ese puente imaginario que el cronista diseñó entre Potosí y Madrid a base de la plata extraída del cerro, Antonio se transportó junto a su padre. «Amantísimo padre y señor mío -le decía en sus sueños- nunca pensé que el viaje que me impusiste, todavía recuerdo mi resistencia a cumplir con tus deseos, iba a enriquecer mi vida de tal manera. Así como entonces te supliqué para que no me obligaras a dejar la seguridad de tu compañía y protección, hoy te ruego me permitas permanecer en esta tierra tanto tiempo como me ocupe la empresa en la que estoy inmerso». Al cabo de unos meses recibió respuesta: su padre había fallecido y debía regresar con la mayor prontitud a hacerse cargo de la hacienda familiar. Ya serían otros los que continuarían ese peregrinar que él y fray Servando de la Asunción de María habían iniciado.

Llegados a este punto nuestro joven amigo, ya Don Antonio de Aldecoa, y su buen protector y mentor el fraile dominico se desvanecen como fruto de la imaginación que son. No son pero bien pudieron ser.



11. Baúl, Pasto (Colombia), siglo XVII, Museo de América
(Foto: Museo de América).



12. Taza, Tonalá (México), siglo XVIII, Museo de América
(Foto: Museo de América).

Otros caminos del Arte Virreinal en España

Si la devoción y el reconocimiento del favor divino impulsaron a numerosos indios a hacer centenares de donaciones de objetos virreinales a incontables instituciones religiosas en toda la península, donde todavía pueden encontrarse en buena parte, el discurrir de sus vidas en tierras americanas enriqueció sus ajueres personales con otros tantos objetos que llegaron a España como parte integrante de sus equipajes. Estas obras mantuvieron en las familias el recuerdo americano, hasta que el paso del tiempo difuminó en muchos casos su procedencia y perdió la ligazón de los herederos con este pasado. Así, a lo largo del siglo XX, han ido aflorando en el mercado de arte una buena cantidad de retratos familiares y pinturas de temática histórica, encargadas en origen como muestra del engrandecimiento del linaje, piezas de mobiliario (figura 10) y ornamentación, vajillas (figura 11) y recipientes de uso en mesas señoriales, en barro, en plata o en porcelana de Compañía de Indias, imágenes de devociones familiares destinadas a capillas domésticas, y muchas otras. Una parte importante de estos objetos ha ido configurando las colecciones virreinales del Museo de América y otros muchos salen de España con demasiada frecuencia, dejando tras de sí los jirones de una historia rota en mil pedazos.

Al mismo tiempo el Museo de América comparte con otras instituciones españolas la custodia de aquellas obras que llegaron a la península desde el comienzo de los descubrimientos y las conquistas, como muestras de la construcción de una nueva sociedad, la virreinal, que se desvelaba a cada paso. Primero fueron presentes que hablaban de la pericia artesanal y artística de los indígenas -los «naturales»- que con la evangelización debían adquirir la perfección última aunando lo material con lo espiritual, después fueron envíos que los criollos - «los hijos de la tierra»- mandaban a la metrópoli como mensajeros de significados que aludían a la forja de una identidad americana, y finalmente viajaron como producto de la necesidad de redescubrir un continente que ya se preparaba para soltar las amarras de la metrópoli.

A lo largo de años los monarcas y las altas autoridades civiles y religiosas de la península fueron los destinatarios de la mayoría de estos presentes. Con ellos América se codeó con Europa en los salones de palacio y en la catedral primada y entró a formar parte de la humanidad que se estudiaba y exhibía en los gabinetes científicos.

BIBLIOGRAFÍA

Los lectores de este itinerario podrán comprobar la veracidad de los datos que se citan con la consulta de esta bibliografía, que al mismo tiempo les ayudará a realizar sus propios itinerarios virreinales por toda España:

- AA. VV. (1992): *Arte americanista en Castilla y León*, Catálogo de la exposición, Iglesia de la Magdalena, Valladolid. Noviembre-Diciembre 1992. (Comisario: Salvador Andrés Ordax)
- AA. VV. (1986): *Orfebrería Hispanoamericana. Siglos XVI-XIX*, Catálogo de la exposición Instituto de Cooperación Iberoamericana. Museo de América. Madrid. (Comisaria: Cristina Esteras Martín)
- AA. VV. (1992): *Arte Hispanoamericano en Canarias*, Catálogo de la exposición, La Laguna y Puerto de la Cruz, Mayo-Octubre 1992. (Comisaria: Carmen Fraga González)
- AA. VV. (1992): *Platería Hispanoamericana en la Rioja*, Catálogo de la exposición. Museo de La Rioja. Logroño. Diciembre 1992-febrero 1993. (Comisaria: M^a Teresa Sánchez Trujillano)
- AA. VV. (1992): *Plata labrada de Indias. Los legados americanos a las iglesias de Huelva*, Catálogo de la exposición. Monasterio de Santa Clara de Moguer. Huelva. Septiembre-Octubre 1992. (Comisario: Jesús Palomero)
- AA. VV. (1993): *Platería Iberoamericana*. Catálogo de la exposición. Fundación Santillana. Santillana del Mar. Junio-Septiembre, 1993. (Comisario: Enrique Campuzano Ruiz)
- AA. VV. (1994): *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España*, 2 tomos, México.
- AA. VV. (1995): *La orfebrería hispanoamericana en Andalucía Occidental*, Catálogo de la exposición, Fundación El Monte, Sevilla, Marzo-Abril de 1995. (Comisaria: M^a Jesús Sanz).
- AA. VV. (1997): *Platería del Perú Virreinal. 1535-1825*. Catálogo de la Exposición. Sala de Exposiciones del BBVA. Madrid. (Comisaria: Cristina Esteras Martín).
- AA. VV. (2000): *Arte Hispanoamericano en las Canarias Orientales. Siglos XVI-XIX*, Catálogo de la exposición, Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote, Mayo-Agosto, 2000. (Comisaria: M^a de los Reyes Hernández Socorro).
- ALBERT DE LEÓN, M. A., ESPARZA LIBERAL, M. J. y RODRÍGUEZ TEMBLEQUE (1993): «La escultura y las artes decorativas: del ámbito religioso al privado», *Artes de México*, 22: 66-81.
- ARRÚE, B. (1986): «Platería hispanoamericana en La Rioja: piezas mexicanas en Santo Domingo de la Calzada y Alfaro» *Artigrama*, 3: 215-236.
- CLAVIJO GARCÍA, A. (1985): «Pintura colonial en Málaga y su provincia», en Bibiano Torres y José Hernández Palomo (Ed), *Actas de las IV Jornadas de Andalucía y América. Andalucía y América en el siglo XVIII*, tomo II, Sevilla: 89-118.
- CRUZ VALDOVINOS, J. M. (1990): «Platería hispanoamericana en el País Vasco», en Ignacio Arana Pérez (Dir.), *Gran enciclopedia de España y América. Los Vascos y América. Ideas, hechos y hombres*, Tomo III, Espasa Calpe, Madrid: 106-146.
- ESTERAS, C. (1970): «Orfebrería hispanoamericana en la catedral de Albarracín», *Teruel*, 43: 5-72.
- ESTERAS, C. (1982) «Platería mexicana en la parroquia de Budia (Guadalajara)», *Miscelánea de Arte Homenaje a don Diego Angulo*, CSIC, Instituto «Diego Velázquez»: 211-213.
- ESTERAS, C. (1983): «México en la Baja Extremadura: la platería», *Memorias de la Real Academia de Extremadura de las letras y las artes*, 1:195-245.
- ESTERAS, C. (1988): «Juan de Padilla y la custodia mexicana de Castromocho (Palencia)», *Cuadernos de Arte Colonial*, 4: 67-77.
- ESTERAS, C. (1991): «Orfebrería americana en Andalucía» en Antonio Domínguez Ortiz (Dir.), *Los andaluces y América: Gran enciclopedia de España y América*, Espasa Calpe, Madrid: 177-188.

- ESTERAS, C. (1993): «América en Galicia: la platería», *Santiago y América*, Mosteiro San Martiño Pinario, Santiago de Compostela: 184-196.
- ESTERAS, C. (1993): «La platería mexicana en España. Arte, devoción y triunfo social», *Artes de México*: 40-51.
- GARCÍA SÁIZ; M.C. (1993): «Arte Mexicano en España», *Artes de México*, 22: 26-39.
- GARCÍA SÁIZ; M.C. (1993): «Pintura mexicana en España», *Artes de México*, 22: 52-65.
- GARCÍA SÁIZ; M.C. (1994): «El coleccionismo de arte colonial mexicano en España», en *México en el mundo de las colecciones de Arte*, Grupo Azabache, México: 301-306.
- GARCÍA SÁIZ, M. C. y ALBERT DE LEÓN, M. A. (1991): «La cerámica de Tonalá en las colecciones europeas» en Sofía Urrutia y Julia de la Fuente (Ed), *Tonalá. Sol de Barro*, Banca Cremita, México: 47-97.
- GARCÍA SÁIZ, M. C. y BARRIO MOYA, J. L. (1987): «Presencia de la cerámica colonial en España», *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 58: 103-110.
- HEREDIA MORENO, M^a del C., ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A. (1992): *Arte Hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- IGLESIAS ROUCO, L. S. (1992): *Platería hispanoamericana en Burgos*, Burgos, 1992.
- MARTÍNEZ DE LA PEÑA, D. (1988): «Esculturas y pinturas americanas en Canarias» en Francisco Morales Padrón (Dir.), *Gran Enciclopedia de España y América. Canarias y América*. Tomo II, Espasa Calpe, Madrid: 203-224.
- MAZA, F. (1963): *Cartas Barrocas desde Castilla y Andalucía*, UNAM, México, 1963.
- MEJÍAS, M. J. (1992): «Platería mexicana en Andalucía Occidental», *Buenavista de Indias*, 5: 57-63.
- MORENO PUPPO, M. (1984): «La platería religiosa hispanoamericana del siglo XVIII en la diócesis de Cádiz», *Anales de la Universidad de Cádiz*, 35-52.
- RODRÍGUEZ, G. (1994): *La platería americana en la isla de La Palma*, Confederación de Cajas de Ahorros.
- SÁEZ, M. y ESTERAS, C. (1989): «Presencia del arte hispanoamericano en Galicia: la platería», en *Actas de las I Jornadas de la presencia de España en América: aportación gallega (1987)*, Universidad Complutense y Excma Diputación Provincial, A Coruña: 667-688.
- SANZ, M^a J. (1985): «Platería mexicana y guatemalteca en Jerez de la Frontera» en Bibiano Torres y José Hernández Palomo (Eds), *Actas de las IV Jornadas de Andalucía y América. Andalucía y América en el siglo XVIII*, tomo II, Sevilla: 71-88.
- SANZ, M^a J. (1992): «Platería peruana en Sevilla y su provincia», *Laboratorio de Arte*, 5, tomo II: 24-42.
- URREA FERNÁNDEZ, J. (1982): «Pintura mejicana en Castilla», *Miscelánea de Arte. Homenaje a don Diego Angulo*, C.S.I.C. Instituto "Diego Velázquez": 35-53.